



---

# RABIN

## elecciones y cambio en Israel

Igor MAN

**La victoria electoral de los laboristas puede traer consigo un cambio. Rabin sabe que Israel debe elegir entre los intereses coloniales —continuar la política de los asentamientos— y el interés nacional: contenerlos en los límites de lo necesario para la seguridad del país. De ahí la posibilidad, finalmente, de construir la paz.**

**L**a victoria de Rabin tiene un nombre que es, al tiempo, una explicación: *sachel*. En hebreo antiguo *sachel* quiere decir comprensión, pero en *yiddish* la palabra tiene un significado más pragmático y a la vez complejo: el buen sentido conjugado con la intuición. En su mítico *Common Sense*, Thomas Paine escribía (en 1776) que un país, para ser fuerte y sereno, no tiene necesidad de héroes sino de hombres de buen sentido. Rabin es un héroe

porque los planes de la guerra de los seis días se deben a él, que la dirigió en primera persona (Dayan fue, de aquella guerra-mito, sólo el *testimonial*), aunque es un *sabra* pragmático. No sé si Rabin, «hombre áspero, introvertido, intelectualmente honesto» (este juicio sobre él lo recogí de Uri Avnery en 1976), leyó *Common Sense*, pero sé que cuando era embajador en Washington leyó muchos libros para documentarse sobre Estados Unidos, buscando compren-

der a ese país-continente; entre otros leyó *The Age of Reason*, el libro que Paine escribió poco después de haber salido de la cárcel a donde lo había enviado Robespierre. (*The Age of Reason* es un título que desde el comienzo designa el período ilustrado de la literatura política americana). En el libro, Paine ataca el lado supersticioso de las religiones y sobre todo la injerencia de la religión en la política.

Obviamente, hay varios modos de mezclar la religión con la política. En el momento en que un laico, como es en efecto Shamir, centra su política en el dogma de *Eretz Isreal* afirmando que los límites del Estado de Israel son y deben ser los fijados por la Biblia, no hace otra cosa que mezclar la religión con la política. Así, pues, si bien se mira, la importancia de las elecciones israelíes no reside tanto en la victoria de Rabin, en el retorno en muchos aspectos «triumfal» de los laboristas al poder después de quince largos años de eclipse, como en la derrota de Shamir. Casi todos han hablado de duelo entre los «dos Isaac», entre «el general triste» y «el nabo enano», es decir, han centrado el aspecto folclórico de una campaña electoral aparentemente *soft* pero en realidad dramática, dura, sin exclusión de conflictos. Dramática porque estaba en juego la identidad misma de Israel.

Por cierto, en apariencia la disputa se daba entre quien —Shamir— desde el comienzo considera a los territorios ocupados «zona sagrada», y quien —Rabin— destaca desde el comienzo la necesidad de «un

compromiso territorial». El voto del 23 de junio de 1992, *Sivan* 22-5752 según el calendario judío, ha sido mucho más que una ritual consulta legislativa: traducía, en efecto, en términos de batalla democrática, la disputa eterna y tormentosa sobre el carácter del sionismo y sobre la misma esencia del destino judío. Ponía en juego el futuro de Israel, de Medio Oriente.

Como justamente observa Amos Oz en su espléndido *En tierra de Israel*, el pecado de soberbia no consiste en el hecho de que un creyente esté convencido de la existencia de un designio divino. Al contrario, uno es creyente en cuanto cree en la existencia de tal designio. El pecado de soberbia consiste en la presunción de comprender este designio «mejor» que los otros, de ser su intérprete autorizado, de ser su vicario (no importa si laico) terrestre.

Shamir ha pecado de soberbia y no sólo eso: no ha comprendido que los tiempos han cambiado. Que después de la guerra del Golfo, había que replantear en otros términos la importancia estratégica de Israel. No sólo porque la URSS se ha disgregado y, por tanto, los árabes radicales ya no cuentan con su gran aliado y han perdido el inmenso santuario representado por la Europa del Este, sino sobre todo porque los Estados Unidos, generosos protectores acrílicos de Israel, se han «dado cuenta» finalmente de lo importante que es el mundo árabe, de lo útil que resulta tener buenas relaciones con los llamados «moderados», quienes, por otra parte, poseen la reserva energética del mundo.

---

***La importancia de las elecciones israelíes no reside tanto en la victoria de Rabin como en la derrota de Shamir.***

---

La guerra del Golfo se ha hecho en nombre de los sagrados principios, en defensa del derecho internacional: de acuerdo, pero reservemos todo ello para los libros de historia y miremos una realidad más prosaica pero no por ello menos importante. América ya no es la máxima potencia financiera del mundo (lo es Alemania), así que «debía»

garantizarse la potencia restante, la que proviene del control de las fuentes energéticas. Con la guerra del Golfo, los Estados Unidos se aseguraron ese control —*de facto*, no *de iure*. Nadie ha soñado nunca, en América, con «plantar» a Israel, pero a ningún gobernante de Estados Unidos se le ocurriría perder la confianza del mundo árabe que cuenta, para someterse a los caprichos arrogantes de un Shamir: de un primer ministro que, cada vez que Baker llegaba a Jerusalén, desplegaba ante sus ojos un nuevo asentamiento en los territorios ocupados. Se ha dicho, y yo mismo he escrito, que ningún presidente americano, de Truman a Reagan, se ha permitido jamás plantarle cara a Israel, especialmente en momento de elecciones. El embajador Mondello escribió en *Tempo presente*, hace ya diez años, que la política mediorientista de los Estados Unidos se hacía en Jerusalén, no en Washington, y ningún periódico protestó en Estados Unidos, salvo el embajador americano, que telefoneó a Mondello diciéndole: «¿no le parece que ha exagerado un poco?»; «ojalá que los hechos me desmientan», respondió. La «desmentida» llegó finalmente pero ya estaba en el aire, sólo que Shamir no lo advirtió o quiso ocultar la realidad de los hechos no dando peso, entre otras cosas, a las relaciones de su embajador en Washington, mientras Rabin se había dado cuenta de que la guerra del Golfo había cambiado, como suele decirse, los datos en Medio Oriente (o *del Medio Oriente*).

Aún más: en febrero de 1988, Zbigniew Brzezinski realizó un largo viaje-encuesta a Israel, al término del cual escribió un artículo del que no pocos periódicos israelíes citaron fragmentos. Rabin, en cambio, quiso tener el texto completo de ese artículo. Lo leyó atentamente —según me dicen—, apuntó sus comentarios con bolígrafo azul y destacó, en amarillo, algunos párrafos. Como quien me contó todo esto es un laborista muy cercano a Rabin, puedo aventurar que éste subrayó el fragmento siguiente del

---

***Israel se ha arriesgado,  
en la última fase de Shamir,  
a perder su más vivo tesoro:  
la amistad de Estados  
Unidos.***

---

artículo de Brzezinski (que es, conviene recordar, un demócrata y no un republicano; como se sabe, los demócratas americanos están especialmente ligados a Israel): «El compromiso de Estados Unidos con Israel es sobre todo de naturaleza moral. Deriva, en efecto, de la profunda convicción americana de que la existencia del Estado de Israel corrige una injusticia histórica fundamental, a la cual ha sido indiferente en el pasado gran parte del mundo, incluida América. Este vínculo que une a los Estados Unidos con Israel crea un absoluto y único compromiso moral para el futuro y para la seguridad de Israel. En razón de esto, cualquier cosa que empañe esta vital dimensión moral perjudica, en última instancia, a la seguridad israelí».

A partir de la imprevista expedición «paz en Galilea», es decir, después de la quinta guerra árabe-israelí, la expedición a Líbano de 1982, oscurecida por el desastre de Sabra y Shatila, Israel ha desgastado, año tras año, un inmenso capital de simpatía depositado en el corazón y en la mente del mundo occidental; se ha arriesgado incluso, en la última fase de la gestión Shamir, a perder su más rico tesoro: la amistad de Estados Unidos. Quince años de sionismo trastornado culturalmente por los últimos epígonos de Jabotinsky, es decir, por los revisionistas Begin y Shamir, han acabado provocando una neurosis, la neurosis de la seguridad, que ha estrechado a amplios estratos, también importantes, de la sociedad israelí, en el abrazo narcotizante de los ortodoxos y de los nacionalistas.

---

***Rabin es un «sabrá»,  
un jurídico nacido en Palestina,  
es un héroe pero también  
un hombre de buen  
sentido.***

---

La fuerza de éstos, por otra parte, ha consistido en dar «respuestas sencillas», fáciles de captar por la gente. De ahí la preocupación de que el mensaje «necesariamente complejo» de los progresistas en general, de los laboristas en particular, no llegase a destino. El mérito mayor de Rabin ha sido el de simplificar —no trivializar, simplificar— los datos de la puesta en juego: «Los beligerantes creen que desalojar los territorios, aunque sea en parte, representaría el fin de Israel. Los pacifistas advierten que mantenerlos a toda costa significaría el suicidio de Israel». ¿Quién tiene razón y por qué, y cómo salir del túnel? Rabin ha llegado a demoler el catastrofismo chamirista desplegando bajo los ojos de todos las consecuencias de una política, la del Likud, peligrosamente «superada» en lo que concierne a las relaciones con USA, ciegamente anclada en el misticismo armado de *Eretz Israel*. Consecuencias devastadoras: desequilibrio económico, degradación social, pérdida de identidad, aislamiento internacional. Cuando, en las elecciones, le preguntaban: ¿cuánto de grande querría que fuese Israel?, él respondía: de París a Nueva Delhi, pero eso es imposible; veamos, pues, qué es posible.

Además, Rabin fue a los feudos de Shamir a decir, con su brusca sencillez de *sabrá* auténtico: nosotros y el Likud consideramos los problemas internos casi del mismo modo, salvo que el Likud está dividido en su interior y no sabe bien qué hacer; nosotros, en cambio, somos un bloque y podemos, por lo tanto, resolver los pro-

blemas. Para dar alojamiento, instrucción, trabajo a quien no lo tiene, nos hacen falta de 2 a 5 mil millones de dólares. Podemos encontrarlos en casa. ¿Cómo? Congelando los asentamientos «políticos», es decir, que no sólo no garantizan la opinable seguridad sino que irritan a nuestros amigos, ante todo a los americanos, eternizan la *intifadah*, engordan a los parásitos, donde «parásitos» alude a ciertos colonos. El «mensaje complejo» ha sido comprendido por los sefarditas sin casa, perjudicados por la política de asentamientos y asimismo por los inmigrantes rusos. Su voto ha sido determinante; haberlo ganado es la obra maestra de Rabin.

Ahora le espera una tarea difícil al ex-general: refundar el país.

Al contrario de los shamiristas, que han terminado por plagiarse a sí mismos, Rabin sabe bien que el problema principal de Israel ya no es la llamada «ilegitimidad de la existencia», sino la capacidad de distinguir entre «intereses vitales e intereses coloniales». La guerra del Golfo ha reducido, es verdad, el valor estratégico de Israel («avanzada de Occidente *in terra infidelium*»), pero Irak ya no representa un peligro serio. La población de Israel ha superado los cinco millones, es decir, el umbral bajo el cual no hay, para un Estado moderno, efectivas posibilidades de desarrollo. Israel puede al fin tratar la paz directamente con el enemigo, después de setenta años de guerras por los primeros asentamientos judíos en Palestina (después del final de la ocupación turca).

«Israel necesita un De Gaulle y Shamir no lo es; no es siquiera un De Klerk», ha dicho siempre Yasser Arafat. «La diferencia entre Shamir y Peres es absolutamente formal, pues son las dos caras de la misma moneda. Peres habla bien en los foros internacionales cautivando a la Internacional socialista, pero en Israel hace mal porque está

más a la derecha de Shamir, quien, si no otra cosa, tiene el valor de decirles no a los palestinos. La paz vendrá cuando Israel tenga su De Gaulle, pero temo que ocurra lo mismo que con el mesías, que no llega nunca a redimir a los judíos». Después de la convincente victoria laborista, la pregunta es ahora ésta: ¿es Rabin el De Gaulle israelí? ¿Tiene la autoridad moral y política para imponer al país la restitución de los territorios ocupados en 1967?

En ese año fatal, según uno de los tantos mitos alimentados por el *establishment* israelí y avalados por cierta acrítica publicidad americana (pero no sólo americana), poco después de la fulgurante victoria en la guerra de los seis días, Israel estaba dispuesto a la paz a cambio de la tierra. Los árabes, en cambio, con los tres famosos *no* de Khartum, diluyeron cualquier posibilidad de entendimiento, así que después de la guerra de resistencia con Nasser fue la guerra del Kippur y, finalmente, la infausta guerra del Líbano. (Quienes pagaron el pato una vez más fueron los *underdogs* del Medio Oriente: los palestinos). En realidad, Israel ha rechazado obstinadamente toda mediación, cualquier hipótesis de negociación abierta; siempre ha pretendido elegir a sus interlocutores mostrando claramente que prefiere los territorios a la paz. Dayan, por otra parte, proclamaba: mejor los territorios que dan seguridad que una paz aleatoria signada por la renuncia territorial (cfr. *The Birth of Israel. Myths and Realities*, Pantheon Books, New York, 1987).

Rabin no es un De Gaulle pero tampoco es un sionista a lo Jabotinsky. Shamir es la expresión política más extrema del llamado sionismo revisionista, que considera al *Eretz Israel* como fin último y salvador del pueblo hebreo. Para los sionistas revisionistas el *otro*, es decir, el palestino, *yok*, no existe (como mandó decir con una paloma mensajera aquel almirante turco enviado por el sultán en busca de Malta: *Malta-yok*).

*Last but not least*: los límites de Israel los ha trazado la Biblia.

Rabin es un *sabra*, un judío nacido en Palestina, es un héroe pero también un hombre de buen sentido. Sabe que no podría desalojar los territorios, todos los territorios, ni hoy ni mañana: significaría precipitar a Israel en una especie de libanización bíblica, ya que el ejército de los colonos del *Gush Emunin* (el bloque de la fe) considera a los territorios mismos, donde se ha establecido armado de la Biblia y de fusiles, la tierra de los padres asignada por el Señor a los elegidos. Al mismo tiempo, Rabin sabe que Israel, ahora que nadie pone en duda la legitimidad de su existencia, debe elegir entre los «intereses coloniales» y los «intereses nacionales». Puede hacerlo serenamente. La autonomía a los palestinos, pero una autonomía verdadera, concreta, no genérica, vacía como la que pensaba Shamir, significará el abandono de los «intereses coloniales».

Pero atención: la autonomía a los palestinos será sólo el prelude de la sinfonía de la paz. De paz en buena y debida forma se podrá tal vez comenzar a discutir dentro de cinco años, después del que casi todos en Israel llaman un período de prueba. He escrito siempre, he dicho siempre y repetido en televisión, que la paz no es para mañana ni tampoco para pasado mañana. Hará falta tal vez una generación. El problema es vivir la larga antesala bajo el sol de la convivencia tranquila, fuera de las tensiones oscuras que han caracterizado los últimos quince años.

---

***Las elecciones no han marcado el abismo entre la vieja y la nueva historia de Israel, sino que han abierto una historia diferente.***

---

Querría repetir que sería trivial decir que ha habido un duelo entre dos Isaac y que ha vencido el mejor. Por cierto, los dos Isaac encarnan diferentes filosofías políticas: la del misticismo armado, del sionismo revisionista exasperadamente expansionista y nacionalista, colonialista si no sin más racista; y la que se identifica desde siempre con lo que ya escribía en 1931 aquel medio Garibaldi y medio Cavour que fue Ben Gurion: «El sionismo se traicionaría a sí mismo si descuidase los derechos de los palestinos árabes» (los israelíes son los palestinos judíos).

El 23 de junio, Israel fue llamado a una opción dramática en su sencillez; eternizarse en un gueto en el corazón del mundo árabe, aun poderosamente armado, para exacerbar así la cultura del odio, o bien tra-

bajar para convertirse en un Estado medio-oriental con todo lo que ello comporta: insidias, peligros, riesgos calculados, pero también un posible futuro de paz para los *sabra* de mañana. Me parece, pues, que premiando a Rabin los israelíes han elegido «normalizar el sionismo», como dice Amos Oz. El voto no ha marcado el abismo entre la vieja y la nueva historia de Israel, sino que ha abierto una historia diferente.

Hace quince años, Golda Meier comentó así la derrota electoral laborista: «Israel ha perdido el alma». Yo no sé si con la victoria laborista Israel ha recobrado el alma pero, sin duda, ha encontrado a un líder. Rico en *sachel*.

*Traducción de Mario Merlino*